

Hugo y otros muchísimos caballeros pretendieron alzarlo, mas ya lo habia verificado el bearnés; y adelantándose á Beltran le dijo:

—Has hablado bien, noble breton, y yo solo tengo derecho para ver la faz de ese hidalgo, pues á mí se dirige el reto, y está su guante en mi poder.

Despues dirigiéndose al armado, añadió:

—¿Tendréis á bien, noble caballero, alzar un punto la visera, para que conozca la faz del que me reta?

—Ya la veis.

Hinestrosa alzó su visera, y como al sello de los años habia añadido el del dolor nuevas marcas y nuevas huellas, dió Bernal una carejada contemplando el competidor que queria probar su pujanza. Hinestrosa quedó impasible; y mirando á Bernal con nobleza, le dijo:

—Bien veo que mis años os mueven á risa, señor; pero debéis tener en cuenta que quien reta á un contrario valiente, está decidido á morir.

Entre caballeros arezados á poner la vida en peligro en los asaltos y las batallas, no era asunto muy importante la terminacion de un desafio. Beltran y Carbolay fueron encargados en dividirles el sol y el campo, y la comitiva volvió á palacio en el mismo orden que se habia dirigido al templo.

No habló Doña Inés una palabra durante la escena anterior, á pesar de ser el motivo de tan ruidoso desafio; mas así que llegó á palacio llamó á Bernal á su aposento, y le dijo:

—Bien sé, señor, que seria inútil pretender no se verificase un reto, hecho en público, y admitido del mismo modo. Vuestro competidor Hinestrosa cuenta sesenta y dos años de edad, y está acabado, como yo, por padecimientos terribles. Es seguro que triunfaréis; pero sin conseguir gran gloria por haber rendido á un anciano.

Doña Inés se calló de pronto, y Bernal tambien guardó silencio, hasta que parecióle que la huérfana esperaba respuesta,

—Señora, dijo, habeis manifestado vos misma que es imposible dejar en suspenso un reto hecho en público y aceptado del mismo modo. ¿Qué puedo hacer en este caso?

—Nada temo por vos, Bernal; sois jóven, robusto é intrépido, y si os place, en pocos momentos acabaréis con un contrario débil, desgastado y anciano. Juradme por el honor de un caballero que no atentaréis á su vida.

—¿Amáis á ese anciano, señora?

—No le amo, ni podré amarle nunca; pero si muere en el combate, tendré un torcedor en mi conciencia como si fuera su asesino.

El bearnés se quedó suspenso: meditó un breve instante, y llevando la mano de Inés á sus labios, la dijo:

—D. Lope de Hinestrosa no perecerá en el combate. Lo juro por mi honor, Doña Inés, y por mi amor que es tan sagrado.

A las nueve del día siguiente salieron de Burgos Bernal, Carbolay, D. Lope Hinestrosa y Bel-

tran, sobre poderosos caballos y vestidos de todas armas. Habian convenido en que el duelo se verificase sin mas testigos que los capitanes mencionados, y para que así sucediese se alejaron á todo escape hasta una legua de la ciudad. Llegados á paraje oportuno partieron el sol á los campeones; y colocados á la distancia que mas conveniente creyeron, animaron á sus corceles con el acicate y la rienda, cubriéndose con los escudos y trayendo en ristre las lanzas. Eran desiguales las fuerzas para que no lo fuera el choque: Bernal quedó firme en la silla; pero Hinestrosa vino al suelo. Acudieron á su socorro: Bernal se bajó del caballo, y D. Lope se levantó sin herida alguna, aunque magullado del golpe. En la coraza del alcaide no habia señal de hierro de lanza, aunque era indudable que el golpe lo habia recibido en el pecho. Esta circunstancia admiraba á Beltran Guesclin y á Carbolay; pero salieron de su asombro notando que estaba el asta del bearnés sin cuchilla. La buscaron entre la arena sin hallarla hasta llegar al mismo sitio del que habia partido Bernal. Este hallazgo les esplicó cuanto el bastardo se callaba, y tuvo término el combate quedando cumplida la palabra que habia dado el bearnés á la huérfana.

A las once estaban de vuelta los cuatro nobles caballeros, y poco despues se encontraron en el aposento de Doña Inés el vencido alcaide y Bernal. D. Lope habia entrado primero; pero su rival se presentó antes que pudiese explicarse. Al verle llegar Hinestrosa bajó los ojos ruborizado y con voz balbuciente y cortada dijo á la huérfana:

—Señora, conoció mi debilidad y arrancó el hierro de su lanza, para no pasarme el corazon. Me ha derribado con una caña. El es digno de vos, señora; yo soy un anciano miserable.

D. Lope salió del aposento dejando solo con la huérfana á su valeroso rival.

—Señora, dijo el de Bearne, pedí en el templo vuestra mano al monarca de las Castillas. ¿Condescendeis vos á mi ruego?

—Apenas me habeis visto, señor, y no será vuestra pasion muy grande.

—Ha crecido mucho en poco tiempo, y no se extinguirá jamas. Sin vuestro amor no hay para mí dicha, y del mismo modo que podeis elevarme sobre los ángeles y los querubines, podeis hundirme en un infierno.

—¿Creéis que valga mucho la esperanza en el corazon de un amante?

—Vale la mitad de su dicha.

—De aquí á dos años, noble Bernal, podréis llamarme vuestra esposa.

Un gemido sordo se oyó en un aposento inmediato: era Hinestrosa que habia oido las últimas palabras de Inés.

D. Lope siguió viviendo siempre con la huérfana de Avendaño: Bernal la ofrecia sus respetos, viviendo con una esperanza muy remota, pero que convenia mas al bastardo que una posesion inmediata; pues como ya saben nuestros lectores

amaba en la hermosa castellana el retrato de la princesa.

Pusaron acontecimientos, que diremos en otro lugar, y supo Doña Inés que D. Pedro iba á pedir proteccion y ayuda al guerreador príncipe de Gales. Fija en su propósito de seguirle como una sombra vengadora, propuso á Bernal que la acompañase, pues su parentesco con la princesa podia serle bastante útil. Hinestrosa la acompañó como de costumbre; y Enrique, que se habia propuesto no abandonar á Doña Inés, la siguió á Burdeos y Angulema, en cuya ciudad nos llamamos.

CAPITULO VII.

Casi somos iguales
¡Oh dulce y clara fuente!
Yo en continuar mis males,
Y tu aquesta corriente.
Si dices que me excedes,
Yo digo, que te excedo.
Porque tu cesar puedes,
Y yo cesar no puedo.

D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

A pocos momentos de haber salido el paje con el billete de Bernal, lanzó la huérfana un suspiro, y se movió ligeramente: el bastardo se levantó para observar sus movimientos, y D. Lope, siempre de rodillas con las manos juntas sobre el pecho y los ojos en Doña Inés, continuaba rogando á Dios con una fé santa y ardiente; porque en los grandes infortunios está nuestra esperanza en Dios, y en su misericordia el consuelo. Un segundo suspiro mas largo siguió al primero de la enferma, y sus hermosos ojos negros se abrieron con lentitud, como cuando se despierta de un sueño ó muy penoso ó muy profundo. Lanzó su primera mirada en torno del lecho, y vió de un lado sobre su frente la noble cabeza del bastardo, en cuyos ojos se leia inquietud, amor é impaciencia; y del otro al anciano alcaide, tan abatido y resignado como un reo al pié del cadalso. Las pupilas de Doña Inés se cubrieron de una ancha lágrima, que despues rodó lentamente hasta perderse entre sus labios, pero no manifestó la enferma aquella ansiedad comun á todos los que padecen de improviso una peligrosa dolencia. Reconcentrada en su interior, reunió sin esfuerzo las ideas, y con una sonrisa dulce tendió una mano á cada lado, como muestra de agradecimiento, á sus afligidos amantes. El bastardo la cogió con ansia y estampó en ella un beso ardiente con la impetuosidad de su carácter: Hinestrosa, por el contrario, la tomó con sumo respeto y la regó con tristes lágrimas.

No gozaron por mucho tiempo de este inestimable favor. Leves arrugas se marcaron sobre la frente de Doña Inés, y con un movimiento convulso retiró ambas manos á un tiempo y las colocó sobre su pecho. En la mirada de Bernal leyó la huérfana una reconvenccion amarga; en la de Hinestrosa, profunda gratitud por el bien que habia recibido.

Esta escena muda habia afectado sobre manera á las tres personas reunidas que la estaban ejecutando. La enferma hizo un grande esfuerzo para mostrar una sonrisa, y el bearnés tuvo que violentarse mucho, para coordinar una frase.

—¿Cómo os encontráis? preguntó.

—Bastante bien, replicó la huérfana. El pecho no me duele tanto, y se han mitigado las fatigas. Mucho padecí en el palacio y creí mas de una vez ahogarme. Gracias, Bernal; os doy mil gracias por cuanto habeis hecho por D. Enrique, por cuanto habeis trabajado por mí.

—Pensad en vos, hermosa Inés, y no atormentéis vuestra memoria con recuerdos ni con cuidados: pienso ademas que el hablar mucho puede causaros algun daño.

Doña Inés sonrió de nuevo, y el médico apareció en la puerta acompañado del buen paje.

La fisonomía del doctor era enteramente simpática: ojos azules y rasgados, labios finos y blancos dientes, tez sonrosada y frente ancha, no muy poblada de cabellos, pero no enteramente calva, y cuarenta y cinco años su edad. Médico de una corte galante, y de una princesa distinguida por su belleza y su talento, estaba dotado de maneras muy caballerescas y finas, y no revelaba su lenguaje ni la incapacidad de los necios, ni la presuncion de los sabios. Bernal se adelantó hácia él, y el médico le saludó con el respeto que merecia un caballero de su clase.

Aprovechando este momento en que podia hablar sin que le oyesen, manifestó al doctor en pocas palabras lo que le habia sucedido á la huérfana, para que el médico no ignorase la gravedad de la dolencia, y no alarmar á Doña Inés con el relato de su mal. La enferma no apartaba los ojos de Bernal y del sabio médico, y cuando llegaron á su cama les dijo con dulce sonrisa:

—Mucho agradezco, noble Bernal, la discrecion que manifestasteis, diciendo en secreto mi dolencia por temor de causarme alarma; pero esa precaucion es inútil. Sabed, doctor, que llevo muchos meses arrojando esputos sanguíneos, y que se sale de mi pecho la sangre que ardiendo me ahoga.

El médico y Bernal se miraron: Enrique se limpió los ojos, y el alcaide murmuró entre dientes: "la tisis, la tisis, la tisis."

Se llegó el doctor á Doña Inés: examinó su pecho detenidamente, y aun cuando conoció á primera vista toda la gravedad de su dolencia, procuró aparecer tranquilo, y la dijo:

—Bella señora, por mas que parezca alarmante esa sangre que habeis arrojado en un momento de fatiga y de sensaciones penosas, no debeis concebir temores; y yo aseguro, á nombre de la ciencia, que os restableceréis en un todo. Esa sangre no es de los pulmones, y con una sangría inmediata...

—Sí, dijo Doña Inés, sangradme. La sangría debe desahogar el corazon, como las lágrimas los ojos. En cuanto á curarme, doctor, no tomeis muy grande fatiga, porque mi llaga es muy profunda y no la cicatrizan bálsamos.

Creyo el médico que la huérfana hablaba de su

enfermedad, considerándola muy arraigada, y la repuso:

—Sois bastante jóven para luchar contra la dolencia, que no es tan antigua, ni grave como os habeis imaginado. Tiene la naturaleza recursos que multiplica en ocasiones, y que ayudados por la ciencia llevan á un término feliz.

—¡La ciencia! murmuró Doña Inés.

—No quiero dar á mi profesion, continuó el médico, mayor importancia que tiene. Hay un árbitro de los destinos que ha fijado vida á las plantas, á los insectos y á los hombres: no hay esfuerzo humano que añada una página mas al libro en que están escritos los dias; pero si logramos disminuir la acritud de muchos dolores, y allanar un paso la senda bastante erizada de espinas sin las enfermedades físicas, no es nuestra mision en la tierra ni despreciable ni sin fruto. Más debe, señora, la humanidad al que venda la herida hecha por el hierro de aguda lanza, que al que sin piedad la blandió.

Sonrió la huérfana tristemente, y tendiendo su mano al médico, le dijo:

—Elegid la vena que os plazca: me convencen vuestras razones y no desespero de mi cura. Despues añadió entre sí misma: “¡Qué importa al médico que haya muerto el que daba vida á mi vida! Quiere curar la enfermedad como si no estuviera en el alma. ¡Falsa es la ciencia que no distingue los dolores del corazon y la ardiente fiebre del espíritu!”

Hicieron traer lo necesario para efectuar la sangría; Bernal cogió la palangana, y con una rodilla en tierra se dispuso á sostenerla en tanto que ligaba el doctor el brazo, y mientras estregaba un poco la piel para que se hinchase la vena. El paje cogió una bujía, y D. Lope alargaba el cuello estremeciéndose á cada instante al ver abierta la lanceta que debía sacar nueva sangre á la heredera de Avendaño. Con suma destreza hirió el médico; Doña Inés se estremeció un poco, y un ardiente chorro de sangre salió de su vena con fuerza y bañó el rostro y los vestidos del jóven intrépido Bernal. Hinestrosa vió saltar la sangre, y conociendo por instinto que iba á caer sobre el bastardo, quiso participar de su dicha, y corrió á ponerse de rodillas á la derecha del bearnés. Su movimiento fué muy rápido, pero llegó tarde el anciano, y aquellas gotas encarnadas que no quiso enjugar Bernal, solo fueron para el bastardo, y otras gotas enrojecian el agua caliente formando una especie de nube ó de columna de humo que se disipaba lentamente para dar lugar á otra nueva, como sucede en los nacimientos del agua cuando brota entre menuda arena ó entre pizarras desiguals.

El bearnés veia salir la sangre con un júbilo extraordinario, porque su imaginacion de jóven le hacia creer en una curacion momentánea. Hinestrosa movía la cabeza, porque sabia muy bien que el daño estaba en el alma de Inés, y que con sacarla aquel bálsamo no dilatarian una existen-

cia, de poco valor para ella, que veia su dicha en el sepulcro.

La huérfana miró serena correr su sangre en abundancia, y la mayor palidez de su rostro fué la que manifestó á su médico la necesidad de vendar la cisura antes que sufriera algun vértigo. La mano fué vendada al punto; el doctor dispuso cuantas medidas creyó convenientes, y manifestó á Bernal que tenia orden de la princesa para permanecer toda la noche al lado de la enferma por si un nuevo ataque tenia.

D. Lope, el médico, Bernal y el paje rodearon el lecho de la huérfana, la que durmió unas cuantas horas, y amaneció muy mejorada.

Apenas habia salido el sol, cuando salió el médico de la estancia, y una hora despues entraba en ella acompañando á la princesa.

Sorprendido quedó Bernal con tan imprevista visita, y no menos suspenso Hinestrosa. Se adelantó el bastardo en silencio, y cogiendo la mano de su prima, la condujo á la cabecera del lecho, en el que estaba Inés dormida con un sueño mas apacible y con una respiracion mas fácil. La esposa del príncipe de Gales la consideró atentamente, y llegándose al oido de Bernal le preguntó:

—¿Habeis pasado aquí la noche?

El bastardo bajó la cabeza para manifestar que sí, y la princesa se alejó despues de haber encargado á su primo que la cuidase con esmero.

CAPITULO VIII.

Pues no hay mayor sufrimiento
Ni mas crudo padecer,
Que un grave daño temer
Y no saberlo al momento.

CALDERON.

No se engañó el médico inglés: la huérfana se mejoraba cada dia, y á los ocho dias dejó la cama; triste y pálida como siempre, pero mas desahogado el pecho y su corazon mas tranquilo. Cuando padece el alma, mucho alivia una dolencia grave los sufrimientos del espíritu, y la pérdida de las fuerzas produce un sopor saludable y embota con la languidez algunas espinas penetrantes. El estado de convaleciente tiene sus placeres peculiares, muy parecidos á la embriaguez producida á fuerza de opio. Inés gozaba de este estado, y hacia siete años que la huérfana no se habia encontrado tan bien.

Un dia que estaba sola con Enrique, le mandó acercarse junto á ella y le preguntó con recato:

—¿Qué noticias tienes, Enrique, del rey D. Pedro de Castilla? ¿Adelanta la expedicion que ha de mandar el príncipe de Gales?

—El rey permanece en Angulema, repuso Enrique sin añadir otra palabra.

—En valde quieres ocultarme el estado de los negocios; no soy una mujer vulgar á quien fácilmente se engaña, y estoy dispuesta á cumplir mi mision mientras tenga un soplo de vida. Ese si-

lencio que guardais, D. Lope, Bernal y tú Enrique, es para mí una clara prueba del interes que toma el príncipe por restablecer al rey D. Pedro sobre el trono de ambas Castillas. Estoy convaleciente, paje; pero se me oculta la verdad; mi sientto con fuerzas bastantes para recorrer Angulema y averiguarla por mí misma.

Doña Inés se levantó con ligereza y dió algunos pasos hácia la puerta. Enrique se pasó la mano por la frente y la dijo:

—Hermosa señora, el príncipe de Gales persiste cada dia con nuevo teson en asentar al rey D. Pedro sobre su trono de Castilla; ya están reunidas en Burdeos algunas compañías de gentes de armas, y muchos capitanes valientes se han presentado en Angulema. Esta misma noche sale el príncipe para Burdeos acompañado de D. Pedro y de esforzados paladines.

—Esta misma noche sale D. Pedro, repitió la huérfana maquinalmente, es preciso infundirle miedo, es preciso un esfuerzo mas.

Despues dirigiéndose á Enrique añadió:

—¿Te acuerdas, paje, de D. Juan?

—Lo veo, señora, ante mis ojos en las vigiliass y en los sueños.

—¿Si oyeras su voz que te mandaba, qué harias, buen Enrique?

—Obedecerle ciegamente.

—Pues yo que debí ser su esposa, yo que le vengaré sin duda, te mando á nombre de D. Juan que me conduzcas á la posada del rey D. Pedro de Castilla.

Un sudor frio cubrió la frente del fiel paje. Si le hubiera dicho Doña Inés que acometiera frente á frente al rey D. Pedro, no hubiera vacilado Enrique, por satisfacer á la huérfana y por saciar al mismo tiempo la sed de sangre que sentia; pero conducir á una dama que apenas habia dejado el lecho y que padecia una dolencia bajo tantos aspectos grave, á una entrevista borrascosa y rodeada de mil peligros, era superior á sus fuerzas. Si sucumbia en ella Doña Inés, ¿qué respuesta daria al bastardo cuando le pidiese estrecha cuenta de una joya confiada á su celo, á su cariño y á su lealtad? Estaba bien seguro el paje que no tocarian á un cabello de la heredera de Avendaño, mientras una gota de sangre pudiese latir en sus arterias; pero si hacia la enfermedad lo que no intentasen los hombres, ¿cómo responder al bearnés? Luchando entre mil confusiones, hubiera dado Enrique, por ver presentarse á Bernal, la mitad de los años de vida que le hubiese acordado el cielo. Doña Inés veia en sus ojos la lucha, y aunque le compadecia en su interior, quiso picarle el amor propio para salirse con su empresa.

—¿Tú tambien tienes miedo, paje? le dijo con cierta ironía.

—Yo tener miedo al rey D. Pedro! la respondió Enrique temblando de desesperacion y rabia. Mandadme que le escupa en la cara, y no vacilaré en hacerlo.

—Si no tienes miedo del rey, lo tienes del noble Bernal.

—¿Miedo! de nadie, Doña Inés. Temo por vos, por vos solamente; ningun peligro me amedrenta, y si estais decidida á ver al rey, tomad mi brazo sin tardanza.

Una extraordinaria alegría brilló en el rostro de la huérfana; sus grandes ojos negros destellaron con aquella altivez heroica que habian manifestado en Carmona en circunstancias bien difíciles; y tomando el brazo del paje, dejó su aposento de enferma para desafiar al leon que queria borrar con heroismo una hora de cobardía.

CAPITULO IX.

¿Si te quiero me preguntas?
No es esa tu mano blanca,
La que de mi pecho arranca
Mil emponzoñadas puntas,
Que en el clavara el pesar
Desde mis años primeros?
¿Hasta que vi tus luceros
Supe, por ventura, amar?

HARTZENBUSCH.

EL rey D. Pedro estaba solo en un aposento amueblado con magnificencia, pero al mismo tiempo en desórden. Arneses, armas y banderas, arrojadas sobre los siales, ó puestas de pié contra los muros, decoraban toda la estancia, y sobre una mesa espaciosa habia una cantidad grandísima de doblas de oro de Castilla. El rey, sentado en un sitial, bruñia por sí mismo la empuñadura de una espada, y miraba con ansiedad la puerta manifestando esperar alguno. Un ligero ruido de pasos llamó la atencion del monarca, y momentos despues saludó al rey la hermosa Raquel, judía de Sevilla y á la sazón su amante dama.

Se adelantó la bella judía con gracioso desembarazo, y su talle esbelto y flexible cimbraba, como la palma del desierto: abundantes cabellos de azabache coronaban su frente pequeña, y unas cejas del mismo color, ni despobladas, ni muy espesas, servian de ornato á unos ojos negros sombreados por largas pestañas, y de un mirar tan seductor, que era imposible contemplarlos sin sentir en el alma el incendio que sus miradas producian. Su nariz tenia una correccion admirable, y su boca fresca y pequeña era una rosa matinal sirviéndola de gotas de rocío una dentadura de perlas. En la garganta de Raquel habia una rosa natural, tan parecida á la del verjel, que todos los judíos de Sevilla la llamaban por sobre nombre: LA ROSA DE JERUSALEM. Era el pié de la hermosa, andaluz, y por lo tanto pequenísimo, así como su linda mano, que jugueteaba con un ramo de camelias y de jazmines.

Muchas damas tuvo D. Pedro de una hermosura sorprendente; pero ninguna reunió los encantos de LA ROSA DE JERUSALEM. Tan discreta como la Padilla; tan hermosa como la Castro; tan

altiva como la Coronel, sobrepujaba á todas ellas en la cualidad en que sobresalian, y era el mas admirable conjunto que podia inventar la imaginacion y producir la naturaleza.

Cuando la vió llegar el rey, dejó sobre un sitial la espada y se adelantó á recibirla. Raquel la presentó su mano y D. Pedro la besó mil veces.

—¡Con cuánta impaciencia te esperaba, dijo el monarca á la judía, y cómo se me han hecho años los minutos que has tardado!

—He cumplido, repuso la hermosa, con puntualidad mi palabra, y no puedes quejarte, D. Pedro, pues llego á la hora convenida.

—Deseaba tanto que llegases, blanca paloma, que exageraba mi impaciencia los momentos de tu tardanza. Necesitaba que tus ojos me reanimasen con su fuego, como necesitan las orugas el calor para cobrar vida. Me era indispensable que tu aliento se confundiese con el mio, para perfumarme con su aroma, y respirar con su frescura. Codiciaba que tus cabellos se deslizasen por mi rostro, para estremecerme á su contacto con deliciosas convulsiones. Buscaba entrelazar los brazos, para que corazon con corazon lasiesen juntos con la misma rapidez ó calma. Deseaba en fin, ver tu faz divina... porque mirándote me creo entre los ángeles de Dios.

—¡Me amas tanto, rey de Castilla!

—Te amo como la golondrina, que muere quedando viuda. Tiene mi amor mucho del cielo, mucho del infierno tambien. Ya es dulce como el de la paloma, y son mis suspiros frescas brisas que mecen guirnaldas de flores; ya es celoso como el del tigre, y son mis suspiros huracanes que abaten robustas encinas. Cuando presumo, beldad mia, que puede estampar otro hombre sus lábios ardientes en esos lábios que yo acaricio con los mios, quisiera ver arder la tierra y desplomarse el universo, para que no quedase un hombre; para morir unido á tí en el postrer beso de amor.

—¡Loco! murmuró la judía.

—Sí, tienes razon: estoy, ángel mio, loco; pero loco de amores. Los locos tienen ideas fijas: yo tengo una y nada mas. Cuando me despierto pienso en tí: duermo y te contemplo en mis ensueños: vuelvo á despertarme y te busco: no hay duda que me tienes loco.

Raquel pasó su linda mano por la cabellera del rey, y el monarca continuó:

—¡Me amarás siempre, Raquel mia!

—Te amaré, como te amo hoy. Te he dado, D. Pedro, muchas pruebas de un amor profundo y volcánico: no te faltarán en adelante. Te llaman el Leon de Castilla; y es tan lisonjero ver á un leon que viene á lamernos las manos. Mira, rey D. Pedro, no vaciles; vuelve á conquistar la corona, ó perece al pié de tu trono. Toda mujer que tiene alma, huye de un amante cobarde, porque no puede protegerla: nosotras queremos mejor las caricias de un tigre, aunque nos despedace con sus garras, que oír el lastimero balido de un cordero que se querrela. Es á nuestros ojos

mas hermoso un guerrero cubierto de sangre y con la armadura abollada, que un doncel vestido de sedas, con plumas y ricos aromas. Este aposento lleno de espadas, de cotas y de capacetes, es mas seductor á mis ojos que una rica estancia de bailes; y cuando te ví bruñir ese acero, te admiré muchísimo mas que cuando llevabas la corona.

—Tienes razon, criatura hermosa: tú eres para mí todo en el mundo; y yo seré tan grande, Raquel, como tú quieras que lo sea. El amor es el alma del mundo: por él lidian los capitanes; por él cantan los trovadores; por él discurren los filósofos. ¿Para qué buscó Alejandro nuevos reinos y subió al templo de la gloria? Para ser mas grande á los ojos de las Statiras y Rojanas. ¿Qué nombre se halla unido al nombre del griego Pericles? El de Aspasia. ¿Quién inspiró al Dante? Beatriz. ¿Quién arrancó la dura espada al ofendido Coriolano? Veturia. Antonio perdió medio mundo por los amores de Cleopatra. Roma fué libre por Lucrecia. Por una mujer derrocó el árabe el firme trono de los godos, y por el amor de Adán á Eva cayó sobre todos la mancha que de siglo en siglo llevamos. Tú pudieras envilecerme, pero eres heroica y me elevas. Imperios se han fundado y destruido por una mirada de mujer. Hubo una Dido y una Elena; nació Cartago y murió Troya: todo lo grande y lo funesto se debe, Raquel, al amor.

La judía volvió á pasar su mano por la cabellera del rey, y D. Pedro prosiguió así:

—Se me ocurre, Raquel, una idea que calificarás de locura, pero que quiero llevar á cabo. Tú eres la reina de mi alma, y quiero levantarte un trono. Verás qué presto lo ejecuto. Tú eres amiga de la guerra, será tu trono de campaña. Pongo aquí estos haces de lanzas, estas espadas, estos yelmos; para dosel estas banderas con sus castillos y leones; las gradas son estas corazas, y el asiento será este escudo. Admirablemente dispuesto. Sube, Raquel, sube, alma mia, y yo te prestaré homenaje.

La judía no vaciló un punto; subió las gradas con planta firme; tomó asiento sobre el escudo y D. Pedro dobló la rodilla en señal de su vasallaje.

—Solo falta, dijo la judía, para que se parezca este trono al de los monarcas de Castilla, que lo sostengan dos leones.

—¡No está el rey D. Pedro á tus piés!

La puerta se abrió de repente: apareció en ella una dama con el velo echado, y un mancebo quedó en el umbral.

CAPITULO X.

Más tú, cruel troyano, el ser famoso
Solo lo pones en mi triste muerte,
Y en ella, tu descanso y tu reposo.
Ovidio.—D. HERNANDO DE ACUÑA.

AL ver aparecer D. Pedro aquella dama y aquel paje, cogió con furia una de las espadas en que

estaba asentado el pavés, y todo el trono se estremeció: LA ROSA DE JERUSALEM vaciló un momento; pero con la agilidad de una ardilla, se bajó de él y tomó asiento en un sitial. El rey con la espada desnuda se dirigió á los imprudentes que habian turbado la ceremonia y profanado los misterios de su amor, de su delirio. Enrique vió venir al monarca, y desvainando su acero fué á interponerse entre Doña Inés y el furioso rey de Castilla; mas antes que pudiese verificarlo, se alzó su velo la Avendaño y retrocedió el rey algunos pasos.

Una palidez extraordinaria cubrió la frente de D. Pedro; anchas gotas de sudor frio humedecieron sus mejillas y se suspendieron en su barba, como gruesas gotas de lluvia en un vellon pardo y espeso. A la vista de Doña Inés se presentaron en su mente cien y cien historias, distintas todas, con espectros sangrientos, y con ayes de moribundos. Bajó los ojos aterrado y sus miradas encontraron las armaduras y las lanzas. Estos instrumentos de muerte le hicieron recobrar algun valor; y volviéndose hácia la judía vió tanta altivez en sus ojos y una risa tan desdeñosa entre sus lábios, que despertando todo su orgullo le prestó fuerzas y energía.

—¿Qué buscáis aquí, Doña Inés? preguntó el monarca á la huérfana.

—Busco al que fué rey de las Castillas.

—Y al que sigue siéndolo, señora.

—En un trono por él formado con las lanzas que no blandió, cuando le arrancaron la corona.

—En un trono que he levantado con las lanzas que han de traspasar muchos corazones traidores. En centro mas firme que los de oro y seda, porque está tejido de acero.

Ese trono se ha bamboleado al entrar yo en este aposento, y trono que vuela una mujer no da muestras de duracion.

—Ese trono podrá moverse, como la encina en la montaña, pero tiene profundas raíces y no lo arranca el huracan. Cuantos se acerquen á ese trono tendrán que doblar la rodilla; y la misma Inés de Avendaño se inclinará ante la que yo sienta en él.

Doña Inés dió una carcajada: el rey fué á cogerla por el brazo para hacerla que se arrodillase; mas la huérfana dió un paso atrás, y dijo al monarca las palabras que él la habia dicho en el castillo:

—“Os doy mi palabra de rey de no tocaros á un cabello en ninguna ocasion ni tiempo: no temais, pues por vuestra vida.” Despues añadió con sarcasmo: O el rey ha perdido la memoria, ó jamas cumple su palabra.

—Sí la cumple. Pero decidme, ¿qué buscáis aquí, Doña Inés?

—Soy la sombra del rey D. Pedro.

Hubo un momento de silencio, religiosamente guardado. El rey volvió á ponerse pálido; la huérfana reprimió una lágrima que se asomaba á su pupila; Enrique permaneció inmóvil, reclinado contra una jamba, y la judía lanzó una mira-

da á D. Pedro, quien se estremeció enteramente.

—He venido aquí, rey de Castilla, á recordaros un pronóstico que hizo un honrado sacerdote hace siete años, segun creo, añadió la huérfana.

—Callad.

—Segun él no estaba muy lejos el dia en que el conde de Trastamara hiriese á D. Pedro sobre el corazon.

—Callad, Doña Inés; callad.

—¿Teneis miedo? rey de Castilla.

D. Pedro miró á la judía, y vió en su mirada el desprecio. Herido de nuevo su orgullo se acercó mas á Doña Inés y con voz y continente firme la dijo:

—No tengo miedo, Doña Inés. Contadme esa historia, señora, con pormenores y motivos; decidme que antes habia muerto al noble Maestre de Santiago.

Doña Inés se estremeció un poco, y el rey prosiguió:

—Que mis crímenes han dispuesto al cielo en contra mia: que está D. Enrique el bastardo imperando en toda Castilla...

—Y tendréis valor para ir en busca de una muerte cierta?

—Sí; tendré valor para cruzar los mares en una barca de pescadores; para atravesar los Pirineos entre huracanes y entre nieves. Será mi lanza en los combates la primera que se ensangrienta: el pendon real penetrará en los escudrones mas cerrados; y cuando la sangre haya teñido cuchilla, banderola y fresno; cuando empapada la manopla haga que el asta se resbale, nueva manopla y nueva asta se empaparán en sangre hirviente. Al ver los lobos al leon huirán en busca de sus cuevas, y yo sentado bajo el solio seré aquel D. Pedro de Castilla, ante quien los propios temblaban y á quien respetaban los extraños.

El rey habia crecido mucho y Doña Inés quedaba vencida. En vano habia procurado la huérfana abrumarlo con los recuerdos como en el ensueño de Burgos. Las miradas de la judía echaban por tierra el prestigio, y Doña Inés pálida y trémula no sabia qué partido tomar. El momento era decisivo; Raquel lo conoció muy bien, y echando sobre el rey D. Pedro una mirada penetrante, le hizo llegar hasta el delirio. El monarca se acercó mas á la huérfana de Avendaño, y con voz mas sorda y siniestra prosiguió:

—Contadme esa historia para causarme, Doña Inés, miedo. Despues de la sombra del maestre presentad la de vuestro padre.

—Callad por piedad, rey D. Pedro.

—La de vuestra madre si os place.

—Callad, callad.

—La del infante.

Doña Inés solo lanzó un gemido y se arrojó sobre un sitial. D. Pedro se cruzó de brazos frente de ella, Raquel la miró con orgullo, y Enrique se llegó á socorrerla.

No habia perdido Doña Inés ni la razon ni los sentidos: abrumada bajo el grave peso de un es-

traordinario dolor, habia sido vencida en la lucha; y la misma fiebre que la animaba, se volvió entonces en su daño. Débil, como convaleciente, no pudo resistir á impresiones muy repetidas y violentas: se abrieron como por ensalmo todas las heridas de su alma; y cuando se llegó á ella, el paje tuvo apenas bastantes fuerzas para levantarse.

Enrique la presentó el brazo; lo tomó la huérfana sin vacilar, y ambos salieron de la estancia.

LA ROSA DE JERUSALEM se llegó al rey, y cogiéndole por la mano le llevó á aquel trono de guerra.

—Siéntate, le dijo, D. Pedro: te has portado al fin como hombre; y ahora soy yo, querido mio, la que te rinde su homenaje.

El rey se sentó sobre el escudo, y Raquel se arrodilló en las gradas. Es imposible ver á una hermosa á nuestros piés pudiendo estrecharla entre los brazos, y era el rey D. Pedro muy galante para permitir esta humillacion. Levantó á Raquel tiernamente, fué á sentarla sobre sus rodillas, pero el trono se desplomó y cayeron ambos amantes.

CAPITULO XI.

Por tan preciado tesoro
Tomad mi sangre, señor,
Pues no se paga con oro
Tan señalado favor.

A.

DON LOPE HINESTROSA fué el primero que entró en el aposento de la huérfana, despues de haber salido ésta acompañada del paje Enrique. Sorprendido quedó el alcaide con la ausencia de Doña Inés, sin poder esplicarse qué causa habria motivado su salida. Tampoco sabia á punto fijo si hacia mucho que estaba fuera; y para formar algun juicio, se llegó al sillón de la convaleciente, y llegó su rostro al asiento, por ver si guardaba calor, y si lo habia ocupado poco antes. El brocado se hallaba frio, y su esperanza fué burlada.

Se sentó el alcaide tristemente en el sillón de Doña Inés, y apoyando la frente en su mano y el codo sobre su rodilla, se entregó á una meditacion penosa, á la que convidaba el silencio y la soledad de aquella estancia.

Recordó D. Lope la niñez con sus lloros y sus sonrisas: lloros, como lluvia de Mayo, á la que sigue un sol radiante: sonrisas puras, como las auras que murmuran entre jazmines, con una especie de idiotismo, que ni halla causas al dolor, ni para el placer tiene motivos. Pensó despues en sus buenos padres y en las paternales caricias: habian dejado de existir los unos y eran las otras un recuerdo. Trajo á la memoria un hermano que pereció siete años antes en la batalla de Araviana, que mandó el conde D. Enrique; mas no tenia odio al conde Hinestrosa, porque matar ó morir en el campo era el ejercicio de un guerrero. Recorrió los años de su juventud y sus aficiones literarias: vió en la Iliada á Elena conmoviendo

cientos y cien naciones, y no le pareció grande la lucha, porque las sacudidas de las pasiones en su alma de sesenta años eran mas grandes y mortíferas, que las de los formidables ejércitos de Agamenon y de Priamo. Buscó en la Eneida al héroe troiano y á Turno, cuando peleaban por Lavinia y por la posesion de un reino. Este pasaje le hizo pensar en el bastardo de Bearne, en el alcaide de Carmona, en D. Enrique y en D. Pedro. Recorrió con Dante el paraiso, y repitió: "*Creatura bella bianco vestita,*" creyendo ver á Doña Inés. No olvidó sus primeras campañas bajo el reinado de Alonso Onceno; y despues que hubo recorrido con detenimiento el pasado, fijó su vista en el presente y se estremeció mil y mil veces.

El hombre amante de las letras, y no despreciable en las armas; el que habia dicho á sus pasiones como el Altísimo al Océano: "*de aquí no pasaréis,*" y le habian obedecido las pasiones como los bravos mares á Dios; el que si habia luchado alguna vez habia salido vencedor, y siendo jóven todavia solo miraba en las mujeres, hermosas flores de la creacion, mariposas inofensivas muy matizadas y muy ligeras, pero que no pueden hacer daño; el que habia mirado hermosos ojos, como las águilas al sol, sin deslumbrarse con sus rayos, era á su vejez el juguete de una mujer encantadora, por quien daria gustoso la vida, y por quien habia perdido su talento y hasta su dignidad de hombre.

Muchas locuras proferimos en dados momentos de orgullo: nos envanece con frecuencia de haber puesto freno al corazon, y de llevar con mano firme la rienda que ha de dirigirlo. ¡Locos y lastimosamente locos! La circunstancia mas imprevista, la casualidad mas estraña romperá en un todo las riendas, y en el corazon sin ningun freno correrá, cual caballo herido, á estrellarse contra una roca, á precipitarse en un abismo.

Dios ha dado al hombre la fuerza: á la mujer la seducción. Toda la razon se quebranta contra una mirada de querube, y el que no ha doblado su frente ante cien bravos enemigos, hinea su rodilla ante la hermosa que ha entronizado el corazon.

Todavía meditaba el alcaide, cuando se presentó Bernal, que con una mirada inquieta recorrió todo el aposento; y no viendo en él á la huérfana, se llegó á Hinestrosa, que le pareció estaba durmiendo, y sacudiéndole en el brazo le dijo:

—¿Se ha puesto Doña Inés peor?

Don Lope se encogió de hombros, y no respondió una palabra.

—¿Vuelvo á preguntaros, D. Lope, si se ha puesto peor Doña Inés?

El mismo movimiento del alcaide; mas el mismo silencio tambien. Bernal volvió á preguntarle con ira:

—¿Queréis responderme, D. Lope, en dónde se halla Doña Inés?

—No lo sé, murmuró el alcaide.

Bernal sacudió la cabeza, empezó á dar vueltas por la estancia á largos pasos, y parándose

de repente delante de D. Lope Hinestrosa, cruzó los brazos sobre el pecho y le dijo:

—Vive Dios, alcaide de Carmona, que jamas he hecho tantas preguntas sin recibir contestacion! ¿Queréis decirme, por Santiago ó por el santo que mas os plazca, en dónde se encuentra la huérfana?

Hinestrosa tendió su mano hácia la puerta, y Doña Inés dijo al mismo tiempo con voz dulce aunque fatigada:

—Aquí estoy, aquí estoy, Bernal.

El bastardo volvió la cabeza y vió á Doña Inés con su velo y á Enrique que la acompañaba. Salíó al encuentro de Doña Inés, y echando una mirada al paje que le hizo bajar los ojos, dijo á la dama:

—Señora, sin atender á vuestro estado habeis salido con una noche no muy apacible en verdad.

—Como me habeis llamado la marcha de D. Pedro y de sus auxiliares, me he visto en la necesidad de ir á saberla por mí misma.

—¿No teneis bastante, Doña Inés, con vuestra enfermedad, y buscais nuevos sinsabores y nuevas penas?

—Bernal, cumplo mis juramentos, como pocos hombres los suyos.

—Dejadnos el cuidado de la guerra, señora, y pensad en vuestra salud.

—Decidme, Bernal de Bearne, ¿desde que estamos en Angulema, qué habeis hecho en favor del rey de Castilla?

—He despachado, señora, un criado fiel á Sevilla para que noticie á D. Enrique la determinacion del de Gales, antes que lleguen sus heraldos á llamar á los capitanes que le han asentado sobre el trono, y ahora tendrán que combatirle. Recorren mis heraldos provincias á mi padre sujetas, y llaman á los caballeros que han militado noblemente bajo la bandera del bastardo. Todas mis riquezas, Doña Inés, están puestas á disposicion de D. Enrique de Castilla, para que las dé á sus soldados y levante mas escuadrones. ¿Os parece poco, señora?

—No, caballero, habeis hecho mucho; pero podeis añadir algo.

—Hablad, Doña Inés.

—D. Pedro y el príncipe de Gales salen esta noche de Angulema.

—Yo saldré mañana, señora, pero llegaré antes que ellos.

—Adivinai, noble Bernal mis pensamientos.

—No los adivino, señora. Prometí al príncipe en su palacio que nos encontraríamos en Castilla, y voy á cumplirle mi palabra.

—Yo tambien marcharé á Castilla...

—Señora, dijo Bernal con firme tono, si no permanecéis en Angulema hasta que el doctor os mande poner en camino, renuncio á la guerra, Doña Inés, y me quedaré á vuestro lado.

Doña Inés quedó pensativa, y añadió el valiente Bernal:

—A vuestro lado queda Hinestrosa, que os cuidará con tanto esmero como el bastardo de Bear-

ne; á vuestro lado queda Enrique, que os defenderá como yo.

D. Lope cogió la mano derecha del bastardo, é imprimió sus labios en ella; Enrique se apoderó tambien de la izquierda é hizo lo mismo que el alcaide: Bernal continuó:

—¿Aceptais, señora, este arreglo?

—Sí, dijo Doña Inés enternecida. Os empeño, Bernal, mi palabra.

—Yo la acepto y tengo fé en ella. Mañana antes del medio dia nos daremos el adios postremo, y no me veréis, Doña Inés, hasta que triunfe D. Enrique.

CAPITULO XII.

Ite triumphales circum mea tempora lauri.
Vicinus Euridyce reddita vita mihi est.
Hæc est præcipuo victoria digna triumpho,
Huc ades, ocura pante triumpho mea.

OVIDIO.

Oime! che 'l troppo amore
Ci ha disfatti ambedua,
Ecco ch' io ti son tolta a gran furore;
Ne sono ormai piu tua,
Ben tendo a te le braceia; ma non vale,
Che indietro son tirata. Orfeo mio, valé.

POLIZIANO.

ERAN las nueve de la mañana, y la hermosa princesa de Gales habia abandonado su lecho y se hallaba sola en su cámara, muy pálida y muy abatida. Jugaba con un pañuelo blanco, en cuyos extremos estaban bordadas las armas de Inglaterra en oro, y habia deshecho uno de los escudos puntada por puntada sin poner en ello su atencion. Bajó los ojos por acaso, y vió regado su vestido de aquellos pequeños fragmentos, que á manera de lluvia de oro habian caido sobre una falda color de púrpura, y dijo: "No alivian todas las riquezas imaginables una sola herida del alma, y lo mismo se puede ser cautiva con cadenas de oro." Sacudió aquellas hebras de metal; separó los largos bucles que cubrian una gran parte de su rostro, y con una amarga sonrisa añadió: "haber abrigado una esperanza por espacio de muchos años; haberla tenido como consuelo; haberse lisonjeado con ella mil y mil veces, y perderla en un solo instante; haber vivido junto un raudal que apagaba la sed del alma, y verlo seco de repente. ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! qué desgraciada es la mujer. ¿Pero qué derecho tengo yo para quejarme de Bernal? Yo, la compañera de su infancia, dejé sus caricias de niño para casarme con el príncipe; yo he sido esposa muchos años y él ha estado sin compañera; yo sellé sus labios para siempre, y él ha padecido en silencio. ¿Tengo por ventura motivo para quejarme de Bernal? ¡Ay! si yo hubiera podido ser libre; si aunque no hubiera recibido las caricias del hombre amado hubiera imperado en su alma; si no tuviera que respirar un aliento que me envenena, y que dar mis brazos á Enrique cuando mi pensamiento está fijo en el bastardo de Bearne! Hay

tormentos que no pueden conocer los hombres, que están reservados solamente para el alma de una mujer. Si el hombre aborrece á su esposa ó se cansa de su querida, cambia los halagos en desprecios y no recibe sus abrazos; pero la mujer infeliz tiene que ocultar bajo sonrisa todo el pesar que la devora. Vive Bernal en Angulema y no se acuerda de su prima. ¡Oh! estará respirando el aliento de la moribunda Doña Inés; de esa mujer que piensa solo en el amante que perdió; de esa mujer que no me escude en hermosura; pero que tiene la ventaja de no amarle; de esa mujer á quien odio tanto....

—Señora, dijo una dama presentándose, acaba de pedir un caballero vuestra venia para presentarse en vuestra cámara.

—¿Su nombre? preguntó la princesa.

—Se llama Bernal de Bearne.

La princesa se puso mas pálida; llevó á sus ojos el pañuelo para enjugar dos lágrimas que habian humedecido sus pupilas, y dijo á su dama de servicio que hiciese entrar al caballero.

No tardó en presentarse Bernal; sus ojos buscaron ansiosos las miradas de su hermosa prima, y cuando la encontró tan pálida y con muestras de haber llorado, sintió un estremecimiento eléctrico, rápido y profundo á la vez.

—Te encuentro pálida, hermosa prima, y muy abatidos tus ojos.

He pasado muy malos dias desde que no nos vemos, Bernal. ¿Se encuentra mejor Doña Inés?

—Está bastante aliviada. Pero tú has llorado, prima mia.

—¿No encuentras ningun justo motivo para que mis lágrimas corran?

—Me olvidaba que partió anoche tu esposo, el valiente príncipe de Gales.

—Sí, Bernal, anoche partió mi esposo.

—Y hoy se aleja tu primo, princesa.

—¿Es la visita de despedida?

—Sí.

—¿Está ya en disposicion Doña Inés de emprender tan largo viaje?

—No viene conmigo, princesa.

—¡Oh! padecerás mucho en la ausencia.

—He sufrido tanto otras veces! Además, voy, hermosa prima, á un paraje tan seductor....

—¿Adónde vas, Bernal?

—A Castilla.

—¿A unirte con el rey D. Enrique?

—Sí, hermosa princesa de Gales. Nos despedimos en esta misma estancia tu esposo y yo para Castilla, y voy á cumplir mi palabra.

—No vayas, Bernal.

—¿Temes mi encuentro con el heredero de Inglaterra?

—Sí lo temo, Bernal de Bearne.

—Mucho le amas, hermosa prima. Pero ese encuentro que tú temes yo lo busco con tanta ansia como el ruiñón á su esposa. Es tan valiente el noble príncipe: se adquiere tanta honra midiendo una buena espada con su espada, que yo la ambiciono, prima mia.

—No vayas á Castilla, Bernal.

—Si antes lo deseaba, princesa, va creciendo mi anhelo de una manera inesplicable. Ahora contaré los minutos y me parecerán muy largos.

—¿Y Doña Inés, Bernal?

—¿Princesa! Doña Inés vive con sus memorias, y morirá con sus recuerdos. Está á su lado un viejo amante que la adora ya por instinto, y un paje jóven y bizarro que la defenderá con valor. Puedo abandonarla sin pena, y sin hacerle falta alguna.

—¿Pero tu amor hácia la huérfana?

—¿Quieres saber mi amor, princesa?

—Como tú lo quieras, Bernal.

—Hay momentos, hermosa prima, en los cuales si no puede el hombre arrancar de su pecho el corazon para que no lata, debería hacerlo con su lengua para que no hablase á lo menos: esto debería yo hacer ahora; mas proseguiré, prima mia. Antes de saber que era amor, sentí en mi corazon de niño un sentimiento inesplicable que me llevaba hácia otra niña, como los ángeles hermosa y tambien pura como ellos.

—Bernal.

—Es una historia sin nombre alguno. Déjame proseguir, princesa. A sus miradas inocentes correspondia yo con miradas tan inocentes como las suyas; pero adivinaba en sus ojos qué flor era mas de su gusto, y se la presentaba riendo. Sobre las pilas de alabastro vimos juntos hervir el agua, y eran nuestras risas mas amorosas que las de las fuentes de cristal. Para correr por los jardines entrelazábamos nuestras manos, y perseguíamos las mariposas casi tan aéreas como ellas. La niña me tejia coronas de laurel, porque yo debía ser guerrero; y yo se las ceñia de rosas blancas, símbolo de virginidad que llevan á el ara las esposas. Sobre los céspedes floridos, bajo las parras y madresevas, leíamos trovas provenzales, y nos esplicábamos el amor de los trovadores comparándolo al de las tórtolas que arrullaban en bosquecillos de alhelies. Tomando por modelo á las aves, no comprendíamos la inconsecuencia, ni que pudiera una mujer dormir sosegada en los brazos del hombre á quien no habia jurado amor.

—Bernal.

—Pasaron los dias de la infancia, como pasa el suave arrebol de las auroras, y brilló el sol de la adolescencia, con rayos mas ardientes, sí, pero en un horizonte sin nubes. Jamás salió de nuestros labios una sola frase de amores. ¿Pero es necesario decirlo cuando los corazones lo sienten, cuando los ojos lo publican?

—Bernal, Bernal.

—Pasaron unos cuantos meses, y un príncipe pidió la mano de la tierna jóven: sus padres la acordaron gustosos, y yo la estreché entre mis brazos, y mezclé mis lágrimas con las suyas en el momento de partir. Solo, sin la compañera de mi infancia, sin el encanto de mi existencia, sin la que habia amado como aman los bienaventurados á Dios, pasé noches de eterno luto, y dias negros como la noche. Recorría los hermosos parajes en que habíamos reposado juntos, y mis lágrimas

aumentaban el limpio cristal de las fuentes y el diáfano rocío de los prados. A los pocos dias caí enfermo, y tuve, princesa, la desgracia de no morir á los quince años. Convaleciente todavia, pedí una espada y un arnés, marché á los combates con la idea de abrirme honrosa sepultura, y fuí armado caballero. Cuatro años pasé en los campamentos: al cabo de ellos volví á ver á la hermosa niña, ya esposa y madre: la recordé mi amor ardiente, y me exigió formal promesa de ocultarlo dentro del pecho.

—¿Que podia hacer, Bernal, la esposa?

—Permíteme, prima, que acabe. Huí de su lado: nuevas batallas me ocuparon, y pasé á Castilla en busca de otras. Allí encontré una mujer pálida, llena de recuerdos y enferma: aquella mujer era el retrato de la que yo adoraba loco, y en un momento de delirio pedí á D. Enrique su mano. Esta es la historia de mi amor.

—¿No amas á Doña Inés, Bernal?

El bastardo movió la cabeza negativamente, y prosiguió:

—He vuelto á ver, hermosa prima, á la mujer de mis ensueños, feliz en brazos de su esposo, y olvidada de aquellos años....

—¿Jamás! jamás, exclamó la princesa, se borrarán de mi memoria dias de tan seductores recuerdos! Jamás latirá por otro hombre el corazon que latió inocente por....

—Prosigue, dijo Bernal temblando.

—Por mi primo Bernal de Bearne.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que decís? ¿Vuelvo á recobrar en un punto la felicidad de mi vida? ¿Vuelvo á los años de mi infancia y encuentro, como en ellos, á la niña que me sonreia, á la mujer que me adoraba? Ven á mis brazos, ven, hermosa. Un siglo de mortal angustia, una eternidad de tormentos no pagan á bastante precio tanta ventura, tanto amor.

Bernal estrechaba á su prima con el arrebato de un loco, y la princesa no tenia fuerzas para desasirse de sus brazos. Mucha virtud necesitaba para salir pura y triunfante: mucha virtud supo tener. Dejó los brazos del bastardo y tendiéndole su mano trémula, le dijo:

—Te adoro, Bernal, sí; te adoro, pero reclamo tu palabra. Imprime tus labios en mi mano; yo quisiera morir en tus brazos, pero una voz me grita: esposa! y una mano de hierro me retira. Véte, Bernal: véte á Castilla.

La princesa no podia tenerse en pié; las lágrimas bañaban sus ojos, y con pasos acelerados quiso entrar en otro aposento. El bastardo llegó al umbral, cogió la mano de la hermosa, la cubrió de amorosos besos, y con voz entrecortada dijo:

—¡Adios, prima mia; adios! Hasta el cielo....

Cuando salió Bernal de palacio un sudor frio bañaba su frente, y corría las calles de Angulema como un caballo desbocado. Llegó en breve á su alojamiento; montó sobre un alazan brioso y fuerte, y sin despedirse de Doña Inés, ni mas compañía que un escudero, salió á escape para Castilla.

Al pasar por junto el palacio, vió agitarse un pañuelo blanco, y oyó una voz que le decia:

—¡Adios, Bernal, adios! Hasta el cielo.

CAPITULO XIII.

Veni, vidi, vici.
CESAR.

DEJAMOS en Burgos á D. Enrique, y es indispensable decir algo del nuevo rey y de su antecesor D. Pedro. Aunque hemos encontrado á este último en la buena ciudad de Angulema, recorreremos rápidamente los parajes en que se detuvo desde su fuga de la capital de Castilla y presentaremos al mismo tiempo á D. Enrique que seguia de cerca sus pasos.

El dia que abandonó D. Pedro á su buena ciudad de Burgos, se dió tanta prisa á alejarse, que comió en Lerma, á siete leguas de la ciudad, y fué á pernoctar á Lumiel, habiendo andado doce leguas, y continuando á largas jornadas hasta la ciudad de Toledo.

Los toledanos recibieron con agasajo al rey D. Pedro, y le ofrecieron defenderse obstinadamente.

Apenas habia descansado el monarca de las fatigas del viaje, cuando se presentó un burgalés á participarle la entrega que habian hecho al rey D. Enrique de la noble ciudad de Burgos y su coronacion en las Huelgas. Cuando recibió esta noticia estaba rodeado D. Pedro de algunos juicios principales y de Castro su favorito. Al oír el rey tan triste noticia exclamó:

—¡Ay! Beltran de Gúesclin, ese bandido, me arrebatará la corona.

—Nada se remedia con quejarse, replicó Castro, y es vergüenza que lo haga un hombre.

Entonces un judío, llamado David, muy conecedor de los astros se acercó al rey D. Pedro y le dijo:

—Señor: he leído en un libro azul y estrellado y he visto en él muchas señales maravillosas en extremo. Por ellas sé que vos perderéis vuestro reino como Nabucodonosor, para recobrarlo despues; porque el águila será presa por un halcon que ha de venir en vuestra ayuda.

Beltran Gúesclin y sus amigos no se durmieron sobre sus laureles, ni encontraron en Burgos la Capua tan fatal al cartaginés. Decididos á llevar á término una expedicion comenzada bajo tan felices auspicios, se pusieron al punto en marcha para la ciudad de Toledo, en donde esperaban encontrar al rey D. Pedro de Castilla.

Era el ánimo de D. Enrique sorprender á la buena ciudad; pero se les adelantó un espía, que notificó á D. Pedro el movimiento de las huestes de su enemigo. El rey convocó á los ciudadanos mas principales de Toledo y les habló de esta manera:

—Señores, conozco bien que la fortuna me ha